

# La otra independencia en Olea Franco

[Olea Franco, Rafael. *La lengua literaria mexicana: de la Independencia a la Revolución (1816-1920)*. México: COLMEX, 2019, 257 pp.]

Julia Isabel Eissa Osorio  
Universidad Autónoma de Tlaxcala  
[julia.eissa@gmail.com](mailto:julia.eissa@gmail.com)

Citation recommandée: Eissa Osorio, Julia Isabel. “La otra Independencia en Olea Franco”. *Les Ateliers du SAL* 16 (2020) : 153-158.

Uno de los grandes debates que ha existido en todas las lenguas, es el que gira en torno a las diferencias entre las normas gramaticales que rigen la escritura, y las multiples formas que utilizan los hablantes. Esta oposición no es única del español. Sin embargo, es natural que en esta lengua dicho debate esté muy marcado, debido, en primer lugar, al gran número de hablantes; y, en segundo lugar, a la gran diversidad literaria con la que cuenta. En ambos casos, a lo largo de la historia, ha habido una evolución y un enriquecimiento importantes, ya que es claro que el español de España definitivamente no es el mismo que en Latinoamérica, y ni siquiera entre los países que conforman a esta última podemos pensar que hablamos un español similar. Lo mismo sucede al hablar de literatura, porque aun en los grandes movimientos literarios, y a pesar de compartir características similares, siempre han existido diferencias entre las literaturas de "las dos orillas", como llamaba Carlos Fuentes a estos dos continentes; y, por supuesto, entre los distintos países de la América Hispana, con las diversas culturas y lenguas que se mezclaron con el castellano para crear diferentes variantes del español, o mejor dicho, diferentes lenguas españolas.

No obstante, podríamos decir que la literatura ha sido la gran mediadora entre una lengua oral y una escrita, a pesar de lo que se pudiera pensar, porque si bien es cierto que la literatura es escrita, también hemos podido aceptar la riqueza que implica la oralidad de muchos de los pueblos originarios, y por qué no decirlo, su literatura oral. De esa forma, en la literatura hispanoamericana, en muchos momentos, la reproducción de la oralidad de la lengua ha sido una pieza fundamental para reforzar ideas nacionalistas e identitarias en los diferentes países; al igual que ha buscado fines antropológicos, culturales y de crítica social, al darles una "voz escrita" a quienes se ha silenciado en lo oral.

Así, Rafael Olea Franco, investigador de El Colegio de México, en su libro *La lengua literaria mexicana: de la Independencia a la Revolución (1816-1920)*, realiza "el examen de la lengua usada en [algunas] obras literarias, con la descripción de diversos aspectos estéticos de éstas, imprescindibles para comprender las particularidades de la lengua que representan ficcionalmente" (16).

"En México, el español entró en un largo y lento proceso de asimilación, adopción y modificación, influido tanto por medios civiles e institucionales como militares" (16); por lo que, para este viaje histórico, literario y lingüístico, el crítico analiza algunas de las principales obras de dos períodos históricos: la Independencia y la Revolución, momentos en los que México se encontraba en construcción y consolidación, al igual que su identidad, su lengua, y, por supuesto, su literatura. De esa

manera, cada uno de los capítulos que conforman este volumen se encarga del estudio de obras como: *El Periquillo Sarniento*, *Astucia*, *Los bandidos de Río Frío*, *Santa* y *Los de abajo*. Novelas que también son representativas para la historia de la literatura en México, debido a su papel en los movimientos literarios más importantes de estos períodos, y cuya característica principal es el realismo. En ese sentido, estas obras "son apenas una muestra [...] del lento y paulatino proceso mediante el cual se forjó una lengua que ahora podemos denominar 'mexicana'" (16).

En el primer capítulo, "El Periquillo Sarniento (1816-1831)", Olea Franco describe al México independentista, ese que se encontraba en la lucha por su libertad, la desigualdad entre castas, y todo lo que representaba "la herencia colonial" (Stein, Barbara y Stanley. *La herencia colonial de América Latina*, tr. Alejandro Licona, México, Siglo XXI Editores, 1970). Asimismo, "[e]n el ámbito de la lengua, la situación no era muy distinta. Las élites criollas que concibieron y dirigieron los movimientos en busca de autonomía habían sido educadas dentro de la tradición peninsular, la cual implicaba, en primer lugar, la adquisición y el uso de la lengua española" (17). Por lo tanto, en este primer capítulo, el autor entrelaza ese periodo de transición entre lo que fue la Nueva España y lo que sería México, al mismo tiempo que muestra la transformación de la lengua a partir de la que es considerada como la primera novela latinoamericana, la cual por medio del recurso satírico, deja ver "el fomento de la normatividad lingüística, por un lado, y el libre flujo de las expresiones populares, por otro" (31-32). Herramientas utilizadas por el autor para subrayar la crítica social ante los abusos de la corona española y los cambios socio-políticos e ideológicos del momento.

Posteriormente, en el segundo capítulo, "Astucia (1865-1866)", Olea Franco presenta de nueva cuenta los acontecimientos históricos en relación con la novela de Luis G. Inclán y, por consiguiente, con el periodo del Imperio de Maximiliano. "Para los propósitos de este trabajo, es nodal la declaración de Inclán de que quiso valerse del dialecto de los propios personajes, porque marca con certeza su intención de afiliarse a una estética realista, incluyendo los usos de la lengua" (72). En ese sentido, Olea Franco centra su atención en los recursos lingüísticos y literarios que reflejan un acercamiento con la cultura popular y con la oralidad, las cuales caracterizaron tal vez a los personajes reales en los que Inclán basa su relato, de acuerdo con la Introducción a esta novela. Parte de la importancia que reconoce el crítico a la novela de Inclán, radica en su utilización por García Icazbalceta para la publicación de su *Vocabulario de mexicanismos* (1890), elemento que demuestra

que una gran parte de la lengua viva de este momento del México del siglo XIX, se encontraba retratada en Astucia.

En el caso del tercer capítulo, "Los bandidos de Rio Frío (1888-1891)", Olea Franco toma como pretexto la distribución de la primera edición de esta novela, tanto en España como en México, para hacer varias aclaraciones con respecto al proceso editorial o de edición a finales del siglo XIX. De tal manera resalta la diferencia entre "las novelas por entregas" y "las novelas de folletín", conceptos que muchas veces utilizamos de manera indistinta, y que para el caso específico de la novela de Manuel Payno, fue un elemento crucial. En efecto, según Olea Franco, al ser una novela por entregas, atrajo la atención del público lector de la época, familiarizado con este tipo de publicación. Por otra parte, este formato le permitía al autor una mayor facilidad para intercalar los diferentes relatos que conforman la novela. Esta última característica, también le permite a Olea Franco hacer referencia a la gran controversia y crítica que recibió la obra en su época, debido al estilo narrativo del autor, al uso de la lengua, e incluso a cuestiones políticas que la rodeaban, elementos que nos ayudan a tener un amplio panorama sobre ella y su autor. Posteriormente, en lo que podría considerarse como una segunda parte de este capítulo, Olea Franco se centra en los elementos verbales, orales y lingüísticos presentes en la novela y mediante los cuales "Payno demostró una gran creatividad literaria y lingüística cuando adoptó el ideal (siempre irrealizable pero a la vez modelo regulador) de escribir imitando el habla de la gente de su época" (134).

"Santa (1903)", es el cuarto capítulo de este libro. En él, Olea Franco utiliza la novela de Federico Gamboa para presentar los inicios del siglo XX. Sin embargo, el crítico nos muestra que "la novela más atrevida del período histórico conocido como el Porfiriato, [es] una obra conservadora, sobre todo en su forma, pero también en su lengua" (135). Por lo tanto, con respecto a este último aspecto, el autor compara diversos ejemplos en cuanto a la utilización de palabras altisonantes de la época en la obra de Gamboa y en las de otros escritores. Deja en claro que en muchas ocasiones el novelista utilizó las palabras menos fuertes o vulgares para lo que quiere referir, mientras que en otros casos utiliza la omisión dejando la idea al aire para que el lector sea quien la piense. De igual forma, según Olea Franco, está presente la utilización de muchas palabras españolas que ya no eran de uso común en esta época. Por lo tanto, el crítico concluye "que Gamboa no aprovecha a plenitud la herencia verbal de algunos escritores mexicanos del siglo XIX (como Fernández de Lizardi, Inclán, Cuéllar y Payno), cuyos textos están llenos de usos mexicanos de la lengua, tanto en voz del narrador como de los personajes" (164).

En el último capítulo, "Los de abajo (1915-1920)", Olea Franco presenta "la renovación de la literatura mexicana, y al mismo tiempo la continuidad con la tradición verbal decimonónica más vigorosa, [...] dentro del proceso histórico de la Revolución Mexicana" (164). Así, de nueva cuenta, el crítico entreteje los acontecimientos históricos con la construcción de la literatura mexicana, y, sobre todo, de una lengua literaria mexicana. Según el crítico, "[d]e forma insólita, este cambio no se produjo desde la centralizada cultura de la Ciudad de México, ni como resultado de la menguante actividad literaria del momento, sino en el contacto, así haya sido indirecto, con la lucha armada" (165). Así, la obra de Mariano Azuela es presentada a partir de "una muestra representativa de los múltiples elementos verbales de la novela, sin prescindir de la descripción de sus rasgos estructurales, pues la lengua, literaria o no, siempre se manifiesta en un contexto específico (una lista de vocablos y el análisis de su frecuencia, por más detallados que sean, son insuficientes si se olvida cómo y por qué aparecen)" (177). Para ello, Olea Franco centra su atención en algunos elementos como en "un doble registro verbal diferenciado: por un lado, el del narrador, y por otro, el de los personajes, en las numerosas ocasiones en que toman la palabra" (178), el uso de una "lengua normal" (180), y la oralidad. Esto último resulta de gran importancia para el crítico, ya que plantea que "Azuela amplía las tendencias visibles en algunos escritores mexicanos del siglo XIX, pues no se limita a desplegar un enorme registro léxico de voces propias del país, sino que ensaya diferentes niveles, entre los cuales se halla, de modo destacado, el de la reproducción del nivel fonético mediante la grafía" (184). Características que han hecho que esta novela siga siendo actual, ya que, según el crítico, "[s]u importancia reside tanto en su excelente tratamiento ficcional del proceso revolucionario, sobre el cual ofrece una visión crítica, como en su trabajo artístico con la lengua viva de México, en particular la ligada al campo" (236).

Finalmente, podemos decir que las cinco novelas estudiadas en el libro de Olea Franco, "son una muestra del proceso, discontinuo y no ascendente, mediante el cual la lengua literaria usada en México adquirió sus tonos y léxico particulares, en el período de un siglo sustancial para la construcción de la nación moderna: 1816-1920" (239). Periodo durante el cual, por obvias razones, también se definieron otros elementos fundamentales para la nación mexicana, como la identidad y la cultura, cuyas raíces quedaron ampliamente reflejadas en la literatura, y, por supuesto, en la lengua literaria. Esta quedó plasmada en sus páginas, porque, "[m]ás allá de preferencias y experiencias personales, es cierto que, como sugiere Azuela, quien desconozca el habla propia de la gente del pueblo tenderá a no

apreciar las excelencias del trabajo artístico que pueda forjarse a partir de ella” (99). De esa forma, la obra de Olea Franco representa un acercamiento al conocimiento de “la otra independencia mexicana” [...], es decir, la lingüística, tan importante como la política” (243), ya que dio como resultado la “lengua literaria mexicana”. Ejemplo de ello son estas novelas en las que, gracias a este crítico, “se comprueba, sin duda, que una nación también se constituye por medio de la lengua hablada y escrita por su gente” (243).